

MI RELACIÓN EPISTOLAR CON SÁNCHEZ ALBORNOZ

POR

JOSÉ ORLANDIS (*)

SUMARIO: 1. La génesis de un epistolario.—2. Años 1969-1975.—3. Año 1978.—4. Año 1979.—5. Año 1980.—6. Año 1981.—7. Año 1982.

Los años de Zaragoza fueron el marco de una relación epistolar que encierra un alto valor, tanto en el plano científico como en el afectivo, y que a mi juicio conserva considerable importancia como documento histórico. Se trata de un conjunto de cartas que recibí a lo largo de casi tres lustros, escritas desde Argentina por el profesor don Claudio Sánchez Albornoz, que residió en Buenos Aires desde el año 1940 hasta las vísperas mismas de su muerte. Don Claudio tuvo una intensa aunque breve actividad política en tiempos de la II República, cuando fue diputado a Cortes, embajador y ministro. Terminada la guerra civil ostentó nominalmente algunos altos cargos institucionales, como el de jefe del Gobierno republicano en el exilio; mas su actuación real en el terreno de la vida pública fue prácticamente nula.

(*) Con permiso del autor y del director de la Biblioteca Aragonesa de Cultura, profesor don Eloy Fernández Clemente, publicamos este interesante capítulo del libro del profesor José Orlandis *Memorias de medita siglo en Aragón*, págs. 107-124.

1. La génesis de un epistolario

Pero Sánchez Albornoz, desde mucho antes de la guerra, había sido una de las personalidades más ilustres de la Escuela de Historia del Derecho. Fue discípulo directo de su fundador, don Eduardo de Hinojosa, y a su vez maestro de medievalistas y de historiadores de las instituciones sociales y jurídicas. El capítulo más notable de su obra científica y magisterial fue, sin embargo, el correspondiente a sus años de Buenos Aires y desbordó ampliamente las fronteras de la República Argentina. Resulta prodigioso que, en un ambiente cultural tan ajeno hasta entonces a los estudios de medievalística hispana, don Claudio fuera capaz de constituir y formar un grupo entusiasta de colaboradores y colaboradoras y dar vida a una nueva Escuela de Estudios Medievales, y más aún, fue capaz de publicar una prestigiosa revista, los *Cuadernos de Historia de España*, que editó y dirigió durante cerca de cuatro décadas.

Una sola vez en la vida hablé cara a cara con don Claudio Sánchez Albornoz. Fue en Madrid, el 1 de mayo de 1976, durante la primera visita que hizo a España después de cuarenta años de ausencia. En la tarde de aquel día tres historiadores —Vicente Palacio Atard, Rafael Gibert y yo— nos reunimos en la casa de su yerno —el general Cabeza—, donde estaba alojado y charlamos durante largas horas. Pero mi relación epistolar con él fue mucho más prolongada. Conservo pocas copias de las cartas que yo le escribí pero guardo, en cambio, un buen número —treinta y cuatro— de las que recibí de él. Las más antiguas están fechadas en 1969 pero la mayor parte corresponden a los últimos años de su vida, entre 1978 y 1982. Todo el epistolario tiene interés, mas son precisamente las cartas correspondientes a ese período final las que mejor revelan la personalidad humana, espiritual y científica de don Claudio.

La relación epistolar con don Claudio Sánchez Albornoz constituye uno de los recuerdos más entrañables de mis años de Aragón y no puede quedar relegada al olvido en estas memorias. Dado su valor documental se transcribirán literalmente los textos

sacados de las distintas cartas, acompañados de algunos comentarios destinados a situar en su adecuado contexto los pasajes transcritos y facilitar su mejor comprensión. La transcripción y las glosas oportunas seguirán el mismo orden cronológico de las epístolas. Y un detalle que puede resultar significativo: las diez primeras cartas están escritas a máquina mientras que las veinticuatro siguientes son todas manuscritas.

2. Años 1969-1975

La primera carta que conservo de Sánchez Albornoz, escrita como todas en Buenos Aires, estaba fechada el 16 de septiembre de 1969 y hacía referencia a un acontecimiento luctuoso que le había afectado profundamente: la muerte de don Galo Sánchez, catedrático de la Universidad Central de Madrid y discípulo directo, como él, de don Eduardo de Hinojosa.

Hace unos días —dice— leí en el *ABC* aéreo, al cual estoy suscripto, la noticia de la muerte de Galo. Me impresionó profundamente. Hemos sido compañeros de juventud y de madurez. Fraternos amigos. ¿Qué ha pasado? Yo soy en verdad un sobreviviente dispuesto a hacer el viaje definitivo cuando Dios quiera. Siempre pido, sin embargo, que me de plazo para acabar las obras que tengo en el telar.

No había pasado mes y medio cuando don Claudio volvió a escribirme y esta vez por razón de un problema científico. Le había dado yo noticia de la publicación en España del libro de E.A. Thompson *Los godos en España*, traducción del original inglés *The Goths in Spain*. En mi carta le decía que, a mi juicio, la obra no carecía de mérito pero que consideraba lamentable el desconocimiento que parecía tener el autor de la importante bibliografía existente en España sobre este capítulo de nuestra historia y a la que apenas se hacía referencia. Sánchez Albornoz me respondió el 29 de octubre siguiente con un encargo que era prácticamente un mandato: escribir una adecuada crítica al libro de Thompson y enviársela cuanto antes.

No me asombra —escribía— lo que me cuenta Vd. de Thompson. En general los investigadores ingleses nos ignoran. Le ruego me envíe la nota bibliográfica del libro para adquirirlo y le pido que haga una extensa y dura crítica de la obra con cierta rapidez para publicarla en los "Cuadernos de Historia de España", si usted quiere en la sección de misceláneas. Póngame unas líneas aceptando.

Le envié la crítica del libro de Thompson y don Claudio escribía otra vez, el 7 de abril de 1970, dando noticia de los trabajos que llevaba entre manos y pidiendo noticias mías:

Aquí me tiene otra vez trabajando en mi *Historia del reino de Asturias*, que no se acaba nunca. Temo que termine el año sin que yo termine el libro. Van a ser tres tomos. Déme noticias de su vida y milagros; sabe cuán viva es mi amistad por Vd. y cuánto estimo sus trabajos.

En el año 1971 Sánchez Albornoz se sentía gratamente sorprendido al saber que, coincidiendo con su jubilación como profesor de la Universidad de Buenos Aires, en Madrid el *Anuario de Historia del Derecho* le dedicaba como homenaje, por su condición de "fundador" del *Anuario*, el tomo XLI. Y con fecha 23 de julio me escribía:

Ante todo muchas gracias por su colaboración al homenaje que me prepara el *Anuario*. Ha constituido para mí una sorpresa la decisión de García Gallo. Me emociona pensar que tantos amigos van a dedicarme un recuerdo.

La satisfacción de don Claudio ante el homenaje español contrastaba en cambio con su preocupación por las dificultades que encontraba para la publicación de los *Cuadernos de España*:

Desde hace algunos años —se quejaba— nos obligaron a imprimir los *Cuadernos* en la imprenta de la Universidad. No funciona tan bien como las demás imprentas pues está a cargo de un personal pagado tan mal —como todo el personal universitario— y el resultado es que no hay tipógrafos para sacar adelante la empresa.

Un mes más tarde —el 31 de agosto— insistía en la protesta:

Estoy desesperado por el estancamiento de mis *Cuadernos* en la imprenta de la Universidad... No saben Vds. en España, donde gozan de tantas facilidades las publicaciones universitarias, el esfuerzo que me ha costado durante estos treinta años sacar a flote los *Cuadernos*. ¡Dios me ayude!

Las dificultades para publicar y enviar los *Cuadernos* persistían en 1973:

Ha salido hace algunos días el tomo 53-54 de los *Cuadernos*. No lo hemos podido enviar porque hace un mes que está en huelga el personal docente de la Universidad y porque la facultad no tiene plata para sellos

En otra carta de este mismo año, la fechada el 4 de diciembre de 1973, don Claudio hace por primera vez referencia a una decadencia de sus fuerzas:

Estoy terminando el tomo III de mi *Historia del reino de Asturias*. Lamento no tener el ímpetu de antaño.

A este tema, que estaría cada vez más presente en su correspondencia, volvía a aludir el 5 de diciembre de 1974:

Se acercan mis 82 años y no tengo la fibra de mi maestro Menéndez Pidal.

En el otoño de 1975 Sánchez Albornoz estuvo gravemente enfermo y a esa enfermedad hacía referencia en su carta de 19 de noviembre. Se trata de una carta particularmente significativa y ello por varias razones: porque no escribía a máquina sino a mano —una práctica que en adelante nunca abandonaría— y además por el momento en que la escribía, cuando llegaba a su término la larga agonía de Francisco Franco, la víspera misma de su muerte. Mi corresponsal tenía muy presente esta circunstancia:

He pasado una mala temporada —decía—. Caí a fines de septiembre con unas fiebres muy altas, que me produjeron hemo-

ragias. Salí de milagro con vida. Me repongo muy lentamente... No sé lo que Dios me permitirá aún durar. Soy de la quinta de Franco. Pido a Dios que nuestra España encuentre una senda de paz en libertad.

3. Año 1978

Al llegar a este punto el epistolario de Sánchez Albornoz se interrumpe durante más de dos años. Fue la época en que don Claudio visitó España y cuando tuve ocasión de conocerle personalmente. La correspondencia se reanudó en 1978 y las cartas de este año y de los cuatro siguientes —hasta 1982— son, sin duda, las más íntimas y expresivas. El viejo maestro, consciente ya de haber llegado a la recta final de su existencia terrena, habla menos de la obra científica y más de su persona, de sus sentimientos y de España. Las cartas de aquel verano contienen una firme profesión de fe y dan a conocer su talante religioso:

Debo al Altísimo —escribía el 3 de julio— haber conservado la fe que recibí de labios de mi santa madre y de todos los míos. Como hombre he sido pecador. Todos los días recito las frases clásicas: "Non intres in iudicio cum servo tuo, Domine, quia nullus apud te justificabitur homo" (Salmo 142,2). Y todos los días le pido una buena y santa muerte. Ayúdeme a conseguirla con sus oraciones. Ya me dice que me encomienda al Señor. Siga haciéndolo.

El mismo tono en que estaba escrita la carta anterior perdura en las que se sucedieron a lo largo del año 1978:

Yo ya estoy muy viejo —insistía el 30 de julio—. Pido a Dios a diario que no me olvide; que me lleve a Él cuando quiera.

Y otra vez el 27 de agosto:

Siempre he conservado la fe. Pero ahora en vísperas de la muerte se ha agudizado mi sensibilidad religiosa, cosa natural, pero que agradezco al Altísimo. Pídale a Dios (volvía a escribir el

13 de octubre) —a mí no puede escucharme porque he sido un pecador— que me dé una santa y buena muerte. Tengo dispuesto que me lleven a enterrar a Ávila con los míos.

Pero el espíritu de viejo luchador de don Claudio resurge en toda su fuerza cuando una cuestión científica le hiere en lo vivo y en una nueva carta del 26 de noviembre escribía:

Perdone que haya tardado en contestarle. He estado entretenido redactando dos réplicas. A X el arabista que se complace en criticarme acerbamente y que había criticado violentamente mi *España musulmana*. Y a X y X que se han aventurado a declararme plagario de Dopsch y a criticar mi *Despoblación y repoblación del Valle del Duero* y que, como marxistas, desbarran sobre lo que es el feudalismo.

En esta misma carta don Claudio alude a un problema personal del que me había informado cuando nuestra entrevista en Madrid. Tras su llegada a Argentina en 1940, siendo ya viudo de su primera mujer, contrajo segundo matrimonio con una señora de aquel país. "Y no me advirtieron —se lamentaba— de que había estado internada en un sanatorio para enfermos mentales". Tras la boda reapareció la enfermedad y fue preciso volver a recluirla. De tiempo en tiempo, cuando pasaba temporadas mejores, iba a vivir a casa de una hermana para retornar pronto al sanatorio. Don Claudio vivía siempre solo pero le repugnaba abandonar definitivamente a su mujer, instalándose en España y poniendo el océano de por medio. A este tema, que para él era una cuestión de conciencia, hacía referencia la segunda parte de la carta.

Sigo envejeciendo deprisa —escribía—, cosa archinatural, y continúo resistiendo las batallas de mis hijos para que vuelva a España. Cristianamente me siento atado a Buenos Aires por la enfermedad de mi pobre mujer. Y no sé si, ya casi moribundo, me decidiré a viajar a Madrid, para emprender desde allá el viaje definitivo.

La carta terminaba con una breve posdata: "Esta tarde llegarán los reyes". El viejo prohombre de la II República no olvidaba

la cordial acogida que le dispensaron don Juan Carlos y doña Sofía cuando le recibieron en audiencia durante su estancia en Madrid.

4. Año 1979

La situación de don Claudio pasó por momentos especialmente penosos a comienzos de 1979. Una carta de 30 de enero así lo refleja.

Estoy muy fatigado. Me asaetean con inyecciones para sacarme a flote. Pero me faltan las fuerzas. Me falla incluso la voz. Los años pesan. Y Dios que creo se dispone a llamarme a juicio. Me paso la vida de la cama a un sillón y del sillón a la cama. Me pesa la soledad. Además sin servicio. Muchos días he comido porque mi discípula Hilda Grassetti filialmente me ha traído de comer. Nunca como ahora necesito de sus oraciones... Ya he cumplido mi misión en el mundo.

El problema de su posible retorno a Madrid volvía a plantearse. Las hijas tiraban de él para que volviera a España. Pero don Claudio busca excusas y argumentos para no regresar: además de la cuestión de su mujer, su propia salud deteriorada, la dificultad de trasladar su biblioteca y el largo hábito contraído de vivir solo en Buenos Aires.

Mi médico —escribía— no me deja viajar a España. Por dos veces me he dicho que no estoy en condiciones de volar a Madrid. Le confieso además que me costaría mucho esfuerzo dejar este rincón en que he vivido 35 años y en el que los amigos han ido nutriendo mi biblioteca. Dios ha querido dar a mi vida los lineamientos que ha tenido. Es tarde par cambiarla. Aquí además hago vida de enfermo. En Madrid me fatigarían visitas y trabajos. No sé qué hacer (carta de 7 de marzo).

La carta del 3 de abril insistía en la prohibición médica de volar a Madrid, pero en otra fechada el 10 de mayo exponía más por menudo sus preocupaciones:

Sentado en un sillón todavía tengo humor y cabeza para la charla más o menos amena... Pero la procesión anda por dentro como suele decirse. Y no puedo casi andar, me arrastro más que ando. Me cuesta un gran esfuerzo comer. Y no puedo concentrarme en el trabajo científico, que ha sido como sabe el eje de mi vida. El libro que le envié fue trabajado por mí hace dos años (se trataba de *El régimen de la tierra en el reino asturleonés hace mil años*, Buenos Aires, 1978). He declinado deprisa. En fin de cuentas, Dios dirá. No tengo fuerzas para levantar esta casa y poner otra en Madrid, comprando muebles, instalando mis libros, buscando quien me asista... Si me viera andar y vivir me daría la razón. La Providencia me castigó a soledad vitalicia. Quizá quiso apartarme de perder el tiempo en andanzas políticas.

La carta termina con una posdata que introduce al lector en un nuevo campo de preocupaciones que —más allá de las de índole personal o familiar— inquietaban vivamente a Sánchez Albornoz: el futuro de España.

Después de toda dictadura —observaba— los pueblos han padecido crueles revoluciones. Nos hemos librado de ellas. Dios sea loado y nos ayude. Si algo vale mi palabra en España, puedo decirlo desde aquí.

La carta de 1 de julio incidía de nuevo sobre el tema:

Hace mucho tiempo que no tengo noticias tuyas. ¿Qué le ocurre? Supongo que su silencio se deberá a mucho trabajo o a muchas preocupaciones por las cosas de España y especialmente el problema vasco. También sigo yo con angustia las dificultades porque atraviesa nuestra patria. ¿Pero qué puedo hacer yo para ayudar a vencerlas?

Y proseguía:

Me he sobrevivido a mí mismo y las gentes jóvenes —marxistas— no han esperado a mi muerte para combatirme. Todo me da igual. Cada día pongo rodilla en tierra para pedir a Dios una buena y santa muerte y que sea generoso con España y con los míos.

Mes y medio más tarde —el 19 de agosto— don Claudio volvía a referirse con más detalle a los problemas de España.

Hablé mucho con X —decía— de las cosas de España. Ignoraba muchos detalles de la triste situación porque pasa la vida económica de nuestra patria. Pidamos a Dios que nos ayude; falta nos hace. Sabe que adoro a nuestra patria y que daría mi vida por su marcha hacia adelante.

Creo insoslayable la concesión de las autonomías. Pero temo que eso contribuya a la ruina total de Castilla, como ocurrió en los siglos XVI y XVII... ¿Qué van a hacer los navarros? ¿Se unirán a Euzcadi? [sic] ¿Qué cabría hacer para que no se sometan? Temo que la amplitud del Estatuto les atraiga. ¿La frontera de Euzcadi en el Ebro, si se unen navarros y vascongados?

5. Año 1980

La preocupación por el futuro de España sigue muy viva a lo largo del año 1980:

Estoy muy inquieto por las cosas de España. Especialmente por el problema de los asesinos de ETA. Dios nos ayude. Hay que hacer posible la vida de nuestra patria. Claro que el terrorismo es fuerte, muy generalizado en Occidente... ¡Áspero talante el de los españoles desde la prehistoria!

Desde varios años antes Sánchez Albornoz había comenzado a publicar algunos libros de divulgación histórica destinados a un público amplio de lectores. “¿Ha visto Vd. —me preguntaba en agosto de 1974— mis libritos últimos? ¿Los que yo llamo mis bastardos?”. Ahora anunciaba el envío de uno nuevo y la preparación de otro más.

Con X le he enviado *mi último bastardo*. Un librejo compilatorio que he titulado *Del ayer y del hoy de España*... En otoño publicarán los navarros una soflama mía en defensa de su tierra.

El 15 de octubre siguiente el viejo maestro acusaba recibo de un artículo mío acerca de su obra histórica y aprovechaba la oca-

sión para hacer una apasionada apología de su devoción a España. Era lógico en el autor de la amplísima monografía en varios tomos *Orígenes de la Nación Española* y del inmenso ensayo *España, un enigma histórico*, nacido en el calor de la polémica con Américo Castro.

Se le ha ido la mano en el elogio —protestaba—. En e?pero verdad mi adoración —así adoración— por España. Siempre me ha ganado, desde la niñez, una férvida devoción por nuestra patria. Los cuarenta y cuatro años que llevo fuera de ésta han centuplicado mi pasión por ella. ¡Cuántas estulticias se han escrito contra ella en estos años! En los diarios de España y de la Argentina he roto muchas lanzas por ella. Y seguiré rompiéndolas. Me imagino en la lista negra de los asesinos de la ETA. No me importaría sino que me enorgullecería dar la vida por España.

6. Año 1981

Mas el tiempo avanzaba de modo inexorable y el deterioro de la salud vuelve a ser tema principal, aunque no exclusivo, de las cartas de don Claudio en los últimos años del epistolario. “Hace algunas semanas —escribía el 9 de enero de 1981— apareció mi obra *El reino asturleonés (712-1073)*. Sociedad, economía, gobierno, cultura y vida. Constituye el t. VII de la H.^a M. Pidal. Supongo que Espasa se lo habrá enviado ya”, y así era efectivamente. Pero la carta volvía sobre la cuestión de sus crecientes achaques.

Estoy muy cansado y sin fuerzas al acercarme a los 88 años. Mis ojos, mi esófago, mi voz están muy mal. Paciencia. Nada he heredado de mi madre —es largo hablar de ello— sino esta enfermedad. Mi presión y mi corazón están bien. Me va a costar trabajo morirle, y lo lamento, pues temo arrastrar años muy ingratos. Pídale a Dios que me dé una buena y santa muerte. Ya no tengo nada que hacer aquí.

Es llamativo el sentimiento de la posible proximidad de la muerte que tenía don Claudio por esta época. En febrero de 1981

le escribí con el fin de ofrecerle un trabajo para los Cuadernos, y recibí esta respuesta:

Acepto complacidísimo su oferta de enviarme algo para los *Cuadernos*. No dilate demasiado el envío porque ya sabe que me acerco deprisa a los 88 años. Y añadía esta posdata: Si yo pasara a mejor vida antes de que V. enviase el original para los *CHE*, remítalo a Hilda Grassotti.

El tema del retorno a España seguía abierto y sin resolver a finales de 1981:

Mis hijas —escribía el 15 de noviembre— tiran de mí para que vuelva a España. Es tarde. Me atan muchos vínculos a esta tierra. El primero el de la enfermedad de mi pobre mujer. Llevo además en esta casa 38 años. Compré el departamento baratísimo va a hacer 30 y en Madrid tendría que empezar una vida nueva. ¿Quién lleva, además, mis libros y mis papeles? ¿Cómo instalarme en Madrid? Es tarde. Esperemos aquí la llamada del Señor.

7. Año 1982

El epistolario de Sánchez Albornoz termina en el año 1982. Sentía don Claudio el creciente aislamiento científico, consecuencia de la lentitud que experimentaba ahora en correo no aéreo. "No hay casi barcos en el mar —se lamentaba— y eso retrasa enormemente la remisión de nuestras publicaciones" (28 de septiembre de 1982). El hecho le preocupaba desde hacía tiempo y a él aludía ya en una carta de 1978:

No hay barcos en el mar, caso típico de nuestra era: se acaba la civilización del caballo y de la navegación (13 de diciembre de 1978).

Pese a ello seguía atentamente los acontecimientos de España y le inquietaban algunas exageraciones del nacionalismo andaluz:

He pergeñado —anunciaba— unos ocho ensayos contra las veleidades islamizantes de los andaluces. Voy a reunirlos en un pequeño volumen.

Pero en mayo de 1982 estallaba una crisis que le afecta muy de cerca y se sobreponía a todas las demás preocupaciones: el conflicto de las Malvinas.

Ahora me tiene inquietísimo el problema argentino. Era lógico que Inglaterra respondiera a la ocupación de las Malvinas, pero está actuando con extrema violencia. Lo injustificable es la actitud de los Estados Unidos aliándose con El Reino Unido. He enviado a EFE un artículo: "Ingleses contra españoles. Otra vez". Porque los Estados Unidos, al aliarse con Inglaterra, han enfrentado a toda la América ibérica. Nos esperan tiempos difíciles aquí. España debería volcarse al lado de Argentina y de toda Hispanoamérica.

Tres meses más tarde todo había terminado y Sánchez Albornoz escribía una carta con acentos de elegía por las desgracias de Argentina, su tierra de adopción:

La visita del Papa fue acogida con extrema devoción. La gente se emocionaba a su paso. Yo no pude verlo porque normalmente no puedo salir de casa. Pero a los pocos días ocurrió la rendición del ejército argentino y el país ha sido sacudido por una crisis institucional, social, económica... que ha hundido a la Argentina en una situación nunca previsible. Las fuerzas armadas divididas. La clase obrera alborotada. La vida archidifícil. La inflación brutal ¡un dólar 50.000 pesos! Y la vida naturalmente por las nubes. Llevo en Argentina casi 42 años. La he visto decaer sin límites... Y el país es rico. Los sucesivos gobernantes han llevado al país a tal estado. Quiero al país que me ha dado asilo casi 42 años y me angustia su mañana. Yo no lo veré, estoy muy sin fuerzas. Le pido a Dios que me dé una buena muerte. Que me oiga y no me invalide:

La carta, fechada el 18 de agosto, termina en la noticia de una desgracia familiar que le había afectado vivamente:

A mis malandanzas de salud y de vida difícil se ha unido en las semanas pasadas la muerte de mi yerno el general Máximo Cabeza, jefe del Cuerpo de Intendencia. Lo he sentido doblemente por él y por mi hija a la que había hecho feliz. Estuvo V. en su casa.

La vida es dura, amigo mío. Dios ha sido conmigo generoso y cruel. Insisto en pedirle una santa muerte.

La última carta que recibí de Sánchez Albornoz esta fechada el 28 de septiembre de 1982 y tenía cierto acento testamentario de despedida:

Estoy archivado al acercarse mis 90 años —escribía—. He vivido, he trabajado, he esperado un mañana placentero que no ha llegado. Y he deseado con toda el alma que España encuentre su camino. En nuestra patria, en verdad *ni pincho ni corto*, como se decía en mis días lejanos. Claro que nadie es profeta en su tierra. Y no veo a España en el camino de hallar una vida placentera. Claro que el mundo todo vive hoy horas de inseguridad y de angustia.

Pídale a Dios que me dé una buena muerte. Ya va siendo hora de ir a rendirle cuentas de mi vida. Confío en su misericordia.

Un abrazo de su viejísimo amigo, Claudio Sánchez Albornoz.

Don Claudio regresó, o mejor lo trajeron, a España en una camilla. Vivió sus últimos días en su Ávila natal. Murió el 8 de julio de 1984 y fue enterrado en el claustro de la catedral.